

HELIODORO VI 5-11 Y LA CRISIS DEL “AMIGO” EN LA NOVELA

Máximo Brioso Sánchez

Aunque sea una reflexión marginal respecto al tema que va a ocuparnos en estas páginas, siempre he pensado que si no conserváramos el texto de Heliodoro y sólo el resumen de Focio, como ocurre por desgracia con Jámblico y Antonio Diógenes, seguramente no sólo tendríamos, como es natural, una parca idea de las *Etiópicas*, sino que consideraríamos a Heliodoro un novelista poco significativo. Por mencionar un ejemplo evidente, la impresionante y muy cinematográfica escena inicial en las costas del delta egipcio se reduce en Focio a sólo unas escuetas y secas líneas (ληστῶν πάλιν ἄλλων ἔφοδος κτλ.)¹, en las que el epitomizador no deja traslucir impresión alguna ni la menor opinión ni indicio sobre la entrada *in medias res* y la radical inversión del orden cronológico. Se diría que Focio era un lector de extremada frialdad y apatía ante los prodigios literarios, que aquí se limita a articular el argumento hasta reducirlo al orden cronológico, aniquilando el esfuerzo compositivo del novelista. De un modo semejante, con un breve párrafo, que se inicia con las palabras ἐορτὴ Ἀθηναίων καὶ Χαρίκλεια ἱερατεύουσα καὶ Θεαγένης σταδιοδρόμος..... (50 a 23 ss.),

1. Cod. 73, 50 b 9 ss. Utilizo la edición de R. Henry, Photius, *Bibliothèque I*, Paris 1959.

encorseta en un triste esquema el contenido de los libros III, IV y parte del II, sin dar cuenta de las complejas conexiones narrativas del texto². Con lo que hoy no podemos por menos que concluir que Focio no se limitaba a resumir ciertas obras hasta un grado máximo, sino que su información sobre los originales puede extraviar totalmente en lo que se refiere a la estructura y desde luego a la calidad de éstos. De ahí que quienes, como de hecho ya ha ocurrido en algún caso, se vean tentados de imaginar cuál pudo ser el arte narrativo de Antonio Diógenes o de Jámblico a través de los desabridos compendios de Focio deben, como solemos decir, tentarse bien la ropa antes de ofrecer los resultados de sus indagaciones.

Vamos a centrarnos en un episodio que llena el pasaje VI 5-11, que Focio resume así: γάμος Κνήμωνος και Ναυσικλείας. Και ἀποδημία Καλασίριδος σὺν Χαρικλείᾳ ἐπὶ τὴν Θεαγένους ζήτησιν (50 b 35 ss.). El lector puede observar que de nuevo se nos escamotea un episodio en el epítome y que lo que únicamente ha importado a Focio es el doble dato de la boda de Cnemón y de la partida en busca de Teágenes ahora sólo de Cariclea y Calasiris. Lo que quiere decir la pura catalogación de los más obvios hechos. Y, sin embargo, este episodio no sólo representa un momento de cierto relieve en la novela, en el punto en que se cierra una etapa del relato para iniciarse otra, la que se refiere a los sucesos de Menfis y la muerte de Calasiris, sino mucho más que esta función, incluso al nivel general de la historia de la novela griega.

El episodio puede ser examinado desde varios puntos de vista y desde todos muestra una riqueza y una originalidad indiscutibles. Puede ser contemplado como un ejemplo egregio de planificación por parte de Heliodoro, por cuanto múltiples líneas de fuerza del relato convergen en él; también en cuanto revoluciona con un cambio decisivo la figura de un personaje que tiene su propia historia en la de la novela griega, según veremos luego; y, en tercer lugar pero en estrecha vinculación con el segundo aspecto, desde la perspectiva psicológica en que las *Etiópicas* se han escrito, tal como aclararemos después.

2. Con la inclusión por lo demás del curioso *lapsus* Ἀθηναίων, en lugar de la mención de Delfos. Focio puede haber confundido en sus notas las celebraciones de Delfos con la relación de Cnemón con la ciudad de Atenas y el festival relatado en I 10, 1 s. (cf. también II 26, 3). Me inclino decididamente por atribuir el error al propio Focio.

Heliodoro ha preparado este episodio y su desenlace con gran antelación y ha ido proporcionando al lector, pero sólo subliminalmente, una serie de premisas, que sólo en su momento desvelarán su importancia. Ya en II 22,1, poco después de la escena del encuentro de Cnemón con Calasiris, de la que me he ocupado en otro lugar³, nos cuenta cómo a ambos los reciben con grandes muestras de hospitalidad, aunque en ausencia del dueño, en casa de Nausicles, θυγάτηρ τε τοῦ ἑστιάτορος ἤδη γάμου ὥραϊα θεραπαινίδες τε. No se nos nombra, como vemos, a la joven, pero sí se nos anticipa el título de "casadera", que tanto va luego a pesar en el episodio en cuestión. Por otra parte, el autor nos va descubriendo gradualmente una curiosa vinculación entre Cnemón y Nausicles, en la que la huidiza figura de Tisbe actúa de mediadora, a la vez que (cf. después V 8,3) se caracteriza a Nausicles como un profesional del comercio y como hombre eminentemente práctico. Así, en VI 6,1, el lector ya no debe sorprenderse, con tales avances, de encontrar un párrafo dedicado a las intenciones y planes del digno mercader: éste prepara un festín en el que solamente van a participar él mismo, Cnemón, Calasiris y su propia hija, la "casadera" Nausiclea, a la que hace engalanarse ricamente. Este contraste entre las lujosas galas de la joven y la intimidad de la comida se nos explica enigmáticamente con la expresión καί τι καὶ ἕτερον πραγματευόμενος, de cuyo oculto sentido sin embargo el lector debe a estas alturas haberse ya percatado. Pero aún hay más. Muy poco antes, en VI 5,4, Calasiris dirige a Cnemón un breve y sentencioso parlamento, que se inicia con las palabras οὐπω ποτὲ ἠράσθης, y que, aunque en boca de quien no tiene por qué adivinar las intenciones de Nausicles, sí en la pluma de Heliodoro puede interpretarse bien como otro dato premonitorio.

Por lo demás, el retrato psicológico que a lo largo de la novela se nos ha ido dibujando de Cnemón (insaciable curioso a la vez que práctico y sagaz, pero bondadoso e impresionable) es de todo punto el apropiado para que atraiga la atención de Nausicles, y más si se recuerda la acomodada posición de su familia en Atenas⁴. De modo que la avispada Cariclea (VI 7,8) no tendrá que esforzarse mucho para llegar a la conclusión de que Nausicles, tal como se nos dice con frase feliz, τὸν Κνήμωνα ἐμπορεύεται ποικίλως ἐφελκόμενος.

3. "Mosco y Heliodoro: el símil de *Etiópicas* II 22,4", *Habis* 17, 1986, pp. 117-121.

4. Cf. VI 8,1.

El desenlace, pues, del episodio, con la boda de Cnemón y la partida, ya solos, de Cariclea y Calasiris, ha sido bien planificado por el novelista y anunciado indirectamente con bastante antelación; pero, a la vez, se precipita luego narrativamente, con sólo los elementos imprescindibles para hacerlo convincente. Mas existe una segunda perspectiva que me parece todavía de un mayor interés, sobre todo porque realza la originalidad con que Heliodoro da continuidad pero al tiempo se enfrenta imaginativamente con sus antecesores en el género.

En una amplia indagación sobre la trayectoria del personaje del "amigo" en la novela, un tema hasta ahora muy escasamente analizado, y de la que hasta el momento ya se ha publicado un avance⁵, no pude por menos de reparar en el muy novedoso carácter de este episodio y en sus consecuencias cara al género como tal. Naturalmente, Cnemón representa, junto con Tíamis, el tipo del "amigo" en el texto de Heliodoro, ahora desdoblado como ya ocurriera en Aquiles Tacio, frente a la restricción monopersonal de Caritón y Jenofonte de Efeso. Si Tíamis tiene mucho en común, al menos aparentemente, con el Hipótoo de Jenofonte, en cambio Cnemón posee la radical transitoriedad del Menelao de Tacio. No es desde luego éste el lugar para explanarse en los detalles de los rasgos de su comportamiento y en los aspectos de vinculación al argumento principal, pero sí conviene recordar que, dentro de esa transitoriedad, Menelao es eliminado en un momento del relato de Aquiles Tacio por la profunda razón literaria de que desde ese punto de la historia la compañía de Clinias se bastaba para desempeñar las funciones propias del "amigo", que en el fondo y más allá de sus posibles desdoblamientos es un personaje de radical unicidad. De un modo relativamente semejante Cnemón también será eliminado del relato de Heliodoro, y precisamente en el episodio que estudiamos. Desde el punto de vista funcional, pues, este episodio equivaldría a la despedida de Menelao en Aquiles Tacio (V 15, 1). Es más, de algún modo las palabras finales de Cnemón a Cariclea pretenden situar a Calasiris en el papel del "amigo" que toma el relevo: οὔτοι γε δὴ μόνην σε οὐδὲ τότε καταλιπὼν ἀλλ'ἀγαθὸν σοι φύλακα καὶ πατέρα Καλάσιριν τουτονὶ παρακαταστήσας (VI 7,7). El que Menelao sea egipcio y por tanto se en-

5. "El personaje del «amigo» en la novela griega. Caritón", *Minerva* 1, 1987, pp. 61-74. El resto del estudio aparecerá probablemente en *Philologia Hispalensis* 2, 2s.

cuentre en su propia patria es un argumento para su abandono, equiparable hasta cierto punto al motivo alegado por Cnemón: el deseo de retornar a su patria y su familia (7,6). Pero la verdadera causa es otra no mencionada, pero intuida por Cariclea: el amor a la hija de Nausicles. La situación tiene, por consiguiente, elementos diferenciadores respecto a la planteada en Aquiles Tacio, puesto que el motivo aparente, que la emparejaría con ésta, queda subordinado a otro mucho más apremiante y poderoso, por más que Cnemón pudorosamente lo disimule.

En el episodio de Heliodoro se concentra, pues, un importante aspecto de ruptura con la tradición novelesca, al hacer prevalecer en el "amigo" una causa sentimental sobre la fuerza de la propia amistad. Cnemón renuncia a su papel de "amigo" sin ser relevado, como en Aquiles Tacio, por otro personaje de función equivalente⁶, y justamente en un momento del relato en que Teágenes parece hallarse en un grave peligro. Heliodoro sin duda ha sido consciente de la relevancia de este paso dentro de la historia del género y en su propia novela y lo ha elaborado con numerosos y finos ingredientes psicológicos. Cnemón, dominado por su amor y por los atractivos de una vida familiar estable, se lamenta, en un discurso cuidadosamente ambiguo, de tener que tomar la decisión de no acompañar a sus amigos. Su deseo sería (7, 3 ss.) τὸ λειπόμενον τοῦ χρόνου βιώσεσθαι con ellos, pero su destino lo fuerza al parecer a una resolución que él mismo califica de δεινόν y ἀθέμιτον. A sus propios amigos y a los dioses que tutelan la amistad les pide su indulgencia (συγγνώμην παρ' ὑμῶν τε καὶ θεῶν φιλίων αἰτήσας) por su justificado anhelo de retornar a su patria y a los suyos. Cariclea es la principal destinataria de esta súplica: él estaría dispuesto con todo a acompañarla y mostrarse así χρηστός μὲν παρακαταθήκης φύλαξ, es decir, según su concepto de la amistad le exige. Pero, como vimos, ella ha entendido la profunda y no expresada razón de estas vacilaciones: el amor, que lo convertiría, de seguir en la expedición, en un acompañante inconveniente y sospechoso (οὐδὲ εὐπρεπῆ λοιπὸν τῆς ὁδοῦ κοινωνὸν οὐδὲ ἀνύποπτον), que no tendría por qué considerar como propios los riesgos que habrán de correrse (οὐ πάντως ἐπούσης ἀνάγκης τὰ ἡμέτερα ἐκφροντίζειν οὐδὲ ἀλλοτριαῖς τύχαις καὶ ἄκοντα συναποκινδυνεύειν). Y, en

6. Calasiris por una serie de razones no puede ejercer ese papel: cf. la anunciada continuación de mi estudio en *Philologia Hispalensis*, donde se analizan esas razones.

fin de cuentas, si el apoyo humano les falta, no habrá de faltarles en cambio el divino (θεοὺς συνεμπόρους ἔχειν καταπιστεύοντες). Con lo que sólo resta ya el reconocimiento de la deserción cuando en frase acertada Heliodoro le hace afirmar a Cnemón, sin creer en ello, que él los alcanzaría después si había oportunidad de hacerlo (ἐπικαταλήψεσθαι τε εἰ καιρὸς γένοιτο πλαττομένου, 11,2).

Así, de un lado, la renuncia por motivos sentimentales de Cnemón, que lo elimina del relato de modo definitivo, degrada su papel de “amigo”, al menos tal como era contemplado en las novelas anteriores; de otro, la reflexión que se hace Cariclea, conceptuando a Cnemón como ya no digno de la empresa de la búsqueda de Teágenes⁷, es como el reconocimiento por parte de Heliodoro de la cancelación de su papel de “amigo”, que tradicionalmente era incompatible con cualesquiera intereses personales y menos aun con los de índole sentimental. Cnemón *de facto* se desprende de los atributos de su papel de “amigo”, por muchas y emotivas que sean sus razones y sus protestas de continuar siendo tal. Heliodoro, si bien ha partido verosímelmente de un hallazgo narrativo de Aquiles Tacio, ha roto con una larga herencia, que le imponía la figura del “amigo” como fiel acompañante de uno de los héroes o de la pareja en todo caso. La reflexión de Cariclea está en el límite mismo de juzgar la renuncia como una traición, lo que de algún modo es en la historia del género. En lo que queda de relato Cnemón no tendrá ya papel alguno; Tíamis, aunque sólo en parte, asumirá esta función de “amigo”, pero de hecho cuando los protagonistas se encaminen finalmente hacia Etiopía sus únicos acompañantes fieles serán, como dijo Cariclea, los propios dioses. En la planificación de Heliodoro este final providencialista es de todo punto coherente con el planteamiento global de su obra, pero con él ha descartado definitivamente uno de los fundamentos estructurales de la tradición novelesca griega, si dejamos de lado en todo caso el comportamiento marginal de Longo.

En cuanto al tercer aspecto, el de la perspectiva psicológica con que se ha desarrollado este episodio, poco es lo que queda aún por decir. En una novela en que las reticencias y las dobles intenciones son abundantes, en que el relato objetivo va por un lado y los pensamien-

7. Recuérdese en cambio la tenaz colaboración en empresa semejante por parte de Hipótoo en Jenofonte de Efeso.

tos por otro⁸, esta escena es el pleno triunfo de la doblez. Ya hemos citado la ambigüedad de las palabras de Cnemón, que alega causas secundarias y no el motivo principal de su renuncia, prometiendo finalmente lo que bien sabe que no cumplirá; es más, lo que bien sabe que no está destinado a ser creído. También se ha recogido la reflexión de Cariclea, que precede a un discurso de respuesta a Cnemón, que es una obra maestra de reserva e ironía. Los lazos de la amistad se han roto. No queda ya sino la mentira piadosa y la despedida.

Por volver al punto donde se inició este comentario, si el texto de Heliodoro se nos hubiese perdido y sólo tuviésemos el acartonado epítome de Focio no sólo nos habríamos visto privados de un formidable episodio como éste, así como de tantos otros en que el novelista demuestra la altura que con él alcanza el género, sino que, lo peor de todo, ni siquiera podríamos tener la posibilidad de sospechar alguna vez que Heliodoro pudo componer nada semejante. Una vez más se nos revela como uno de los mejores émulos del Homero de la *Odisea*, como un maestro de aquella "parole feinte" de que nos habla T. Todorov⁹ como rasgo esencial de la mejor literatura.

8. Cf. sobre todo J.J. Winkler, "The mendacity of Kalasiris and the narrative strategy of Heliodoros' *Aithiopika*", en *YCS 27 (Later Greek Literature)*, 1982, pp. 93-158.

9. *Poétique de la prose*, Paris 1971, pp. 66-77.